

CLÁSICOS PSICOANALÍTICOS. CLÍNICOS PSICOSIS. INDEPSI -ALSF.

PRIMERAS MANIFESTACIONES DE DESORDEN MENTAL: CUESTIONES ESQUIZOIDES Y ESQUIZOFRÉNICAS.

Capítulo XIX



Harry Stack Sullivan.

Paso a iniciar un estudio de los patrones de relaciones interpersonales inadecuadas o inapropiadas, a las cuales nos referimos ordinariamente como desórdenes mentales, ya sean leves o severos. Al agregar “leves o severos” deseo indicar que el tópico de los desórdenes mentales cubre toda clase de hechos, desde accidentes sin importancia, tales como ser incapaz de recordar el nombre de una persona importante cuando uno está a punto de pedirle un favor, hasta la psicosis más crónica en el hospital de enfermos mentales. Y así -hasta donde me es posible descubrir- si el término desorden mental debe tener significado, tiene que cubrir, como una tienda de campaña, todo el campo de realización inadecuada o inapropiada en las relaciones interpersonales.

Para comenzar, tengo que dejar claramente sentado que no estoy tratando sobre todos los desórdenes del vivir que surgen principalmente debido a un defecto biológico más o menos evidente. Sobre estos no tendré nada de particular que decir, a pesar de que considero que esta teoría de la psiquiatría hará evidente a los más reflexivos de qué manera un defecto biológico primario puede ejercer influencia sobre el curso del desarrollo y la necesaria preparación para vivir como una persona entre personas. El defecto biológico primario puede ser innato o manifiesto desde el comienzo, como en el caso de las muy infortunadas imitaciones de seres humanos a los cuales llamamos idiotas; o puede ser tan recóndito como una vulnerabilidad particular a la vida, que se manifiesta, por ejemplo, en una ancianidad prematura, o un deterioro senil también prematuro (enfermedad de Alzheimer), o en los cambios arterioscleróticos y las psicosis seniles. Todas estas cosas se refieren mucho más a la constitución innata de la materia viva que compone el cuerpo humano, que a la experiencia de vida, aunque, como ya he indicado en repetidas ocasiones, la experiencia de vida puede ejercer alguna influencia sobre la regulación del tiempo de manifestación del defecto. Es completamente claro que existen personas tan bien dotadas por herencia, que pueden sobrevivir a circunstancias extremadamente difíciles, durante un gran número de años, sin que acusen una elevación destructiva marcada de la presión arterial, o un serio deterioro de las paredes de los vasos sanguíneos, tal como se produce en la arteriosclerosis. Tales personas pueden llegar perfectamente a los 80 o más años, quizás más allá de los 85, sin cambios seniles materiales, tales como los que vemos en las psicosis seniles. Así, existe un gran cuerpo de fenómenos decretados por la herencia, que probablemente tienen una relación fundamentalmente importante con el curso de la vida. Pero a lo que me refiero aquí es a las dificultades del vivir, que surgen mucho más como resultado de infortunios en la historia del desarrollo, que como consecuencia de dotes innatas.

HECHOS DEL DESARROLLO. TRIBUTARIOS DEL NO-YO

Para iniciar este estudio de los “desórdenes mentales” -o patrones de acción inadecuada e inapropiada en las relaciones interpersonales- deseo ocuparme más extensamente de la “historia natural” de la concepción del “no-yo”, sobre la cual solamente he insinuado algo, al ocuparme de la última etapa de la infancia y la primera de la niñez.

Se trata, literalmente, de la organización de experiencia con personas significativas, sometida a una ansiedad tan intensa, así como tan repentinamente precipitada, que ha sido imposible a la entonces rudimentaria persona encontrarle sentido alguno, desarrollar una verdadera comprensión de las circunstancias particulares que dictaron la experiencia de esa intensa ansiedad. Como ya he dicho anteriormente, la ansiedad muy intensa, precipitada por una reacción emocional repentina, intensa y negativa por parte del medio ambiente significativo,

tiene bastante en común con un fuerte golpe en la cabeza. En efecto, tiende a eliminar cualquier posibilidad de elaborar las circunstancias exactas de su acaecimiento, y lo más que puede recordar retrospectivamente la persona es un relato bastante fenestrado del hecho, en la inmediata vecindad. Por ejemplo, si un padre ha tenido un temor subpsicótico de que su hijo se convierte en un monstruo lujurioso, y está asustadísimo cada vez que la criatura se toca el pene o la vulva, entonces es lógico esperar que la personalidad de la criatura, conforme vaya desarrollándose, mostrará algo así como un agujero en esa área, en el sentido de que todo lo que signifique acercarse a los órganos genitales habrá de conducir, en definitiva, a la aparición de una sensación que apenas ha evolucionado más allá de una ansiedad repentina, intensa y absorbente.

Toda esa ansiedad casi no diferenciada, repentina y violenta, es experimentada como una emoción *pavorosa*. Esto equivale a decir que, si una persona comprendiese perfectamente el significado de la palabra, seguramente diría, al intentar la descripción de lo que le estaba sucediendo, que se sentía empavorecido. Más adelante en la vida, esa ansiedad absorbente muestra algunas ligeras elaboraciones, a las cuales se insinúa mediante el empleo de cuatro palabras de nuestro idioma: pavor, terror, aversión y horror. Ahora bien: aunque estas cuatro palabras sugieren la posibilidad de establecer una distinción entre diversas emociones pavorosas, en realidad las experiencias son casi por completo indistinguibles, como lo demuestran claramente las descripciones ofrecidas por muchísimas personas.

Si bien hay un cierto pavor relacionado con todas esas emociones pavorosas, el pavor propiamente dicho es una de ellas. El pavor es, con toda probabilidad, la menos opresiva, repentina y paralizante de esas emociones pavorosas; en realidad, en numerosos adultos, es provocado únicamente, por manifestaciones inesperadas y estupendas de la naturaleza u obras de la mano del hombre, que remueven algunos de los ensueños autísticos más fantásticos del pasado. De esta manera, al penetrar en ciertos edificios que poseen una gran belleza arquitectónica, uno puede sentir un pavor que, si ese edificio es, por casualidad, una iglesia, puede llevar consigo un pensamiento curiosamente precoz sobre, por ejemplo, el carácter y hasta la presencia real de la deidad. Y muchas personas cuando llegan por primera vez al borde de esa fantástica maravilla de la naturaleza que es el gran cañón del Colorado, y miran sus profundidades, experimentan una paralizante emoción que es cualquier cosa menos una experiencia realmente atractiva, pero que al mismo tiempo no es horrible. Puede decirse que uno es elevado enteramente fuera del contexto de la vida y, en consecuencia, se impresiona profundamente.

Los otros tres términos relacionados con las emociones pavorosas nos hablan mucho más elocuentemente sobre el carácter terrible de la experiencia. Son ellos el terror, la aversión y el horror. La aversión es esa combinación peculiar de enfermedad física y de otras cosas extremadamente desagradables que algunas personas no muy elocuentes me han descrito como un intenso deseo de vomitar, pero sin la capacidad de sentir ni siquiera las lógicas náuseas, lo cual, como se comprenderá, resulta, a su modo, bastante impresionante. Y el horror es la emoción pavorosa que todos ustedes tienen que haber conocido -o mejor dicho, experimentado- por lo menos una vez, y muy probablemente durante el sueño. El horror es una combinación sencillamente paralizante de lo que yo suelo denominar revulsión -una sensación de deseo casi total de estar en alguna otra parte lo más lejos posible de lo que está ocurriendo- unida, también en este caso, a un gran deseo de vomitar, y hasta tal vez una pronunciada tendencia a sufrir una diarrea y otras cosas; y simultáneamente con todo eso, se presenta literalmente una especie de parálisis total, de manera que nada parece funcionar a excepción de esa pavorosa y, si es posible evitarla, experiencia que- no-debe-repetirse-jamás.

Todas estas cosas parecen tener en común la misma esencia de repentinos ataques de ansiedad totalmente paralizante. Y esta ansiedad puede ser inducida a una edad muy temprana, por el repentino estallido, en una persona significativa, de alguna emoción extremadamente desagradable. Esa es la base de ciertas estructuras de experiencia en materia de personalidad, a la que uno puede referirse, para propósitos prácticos y debido a sus posteriores manifestaciones, como no-yo, en contraste con el *yo-bueno* y *yo-malo*.

El *yo-bueno* y *yo-malo*, como ya lo he dicho anteriormente, constituyen la base de los ingredientes de la conciencia durante toda la vida, lo que equivale a decir que no hay una sola persona que no esté, en la recóndita intimidad de sus propias operaciones encubiertas, perfectamente enterada de que tiene un número de atributos insatisfactorios o indeseables que está activamente ocupada en ocultar a los demás, o en excusarlos, etcétera, y de que, al mismo tiempo, posee algunos rasgos buenos. Esos son los resultados de la

dicotomía inicial del yo-bueno y el yo-malo. Pero únicamente en circunstancias excepcionales se producen reflejos en la conciencia -es decir, en lo que uno comprende- de esa parte de la propia experiencia de vida a la cual he llamado no-yo, una especie de tercera personificación rudimentaria.

PRUEBAS DE DISOCIACIÓN

Además de todas las otras formas o procesos elaborados en el sistema del yo, con el propósito de eliminar o reducir la ansiedad, o para su ocultamiento, el sistema del yo tiene, puede decirse que prácticamente en todos los casos, algunos aspectos de los cuales puede afirmarse que están -y aquí confieso que empleó un lenguaje altamente figurativo- destinados a mantenerlo a uno seguro contra cualquier posibilidad de pasar a ese extremadamente desagradable estado de vida que podríamos llamar las emociones pavorosas: esos aspectos del sistema del yo solamente pueden ser inferidos, salvo en el caso de un desastre.

Este grupo de procesos del yo puede ser bastante extenso o bastante reducido, según sea el pasado distante de la persona. Las manifestaciones de tales funciones del yo, según la experimenta casi todo el mundo, son realmente provocadas por progresiones de procesos en el dormir, que se tornan tan explícitas, en algún aspecto supuestamente imposible de la personalidad, que provocan repentinamente la acción de procesos del sistema del yo, que por regla general se encuentran en inacción transitoria, durante las horas del sueño. El resultado es que uno despierta bruscamente, con una sensación algo parecida a un escalofrío y de haber estado en presencia de algo espantoso. Ahora bien: la pesadilla, según se la experimenta en la gran mayoría de los casos, puede representar, o no, cuestiones que realmente conciernen al componente no-yo de la personalidad. Pero de muchas maneras, cuanto menor sea el contenido de la pesadilla y cuanto más tremenda sea la emoción -cuanto más totalmente destructor sea el recuerdo del estado emocional- más se podrá suponer que algún proceso durante el sueño se ha conectado demasiado enfáticamente con ese componente particular de la personalidad, que por lo general solo es evidente por inferencia, y que es el resultado de los más desastrosos contactos con la ansiedad más repentina y violenta en los primeros años.

En el final de la niñez, la base proporcionada por la experiencia no-yo en la primera niñez, puede, o bien desarrollarse, o bien quedar más o menos estacionaria, según sea la experiencia en esa época. En esa era, las personas más afortunadas desarrollan procesos de precaución y propiciatorios relacionados con las manifestaciones de lo que anteriormente era el yo-malo, y desintegran aquellos sistemas de motivación que les colocan ante muy graves dificultades, ya sea con la reorganización, -sublimatoria o de otro carácter- del sistema de motivación desintegrado, o la reactivación regresiva de anteriores patrones de comportamiento para aquellos componentes que no están reorganizados. Pero en la última etapa de la niñez de personas más predestinadas que, por ejemplo, pierden uno de los padres en la niñez y obtienen como sustituto una pésima imitación, o que son enviados a una institución ínfima o algo por el estilo, puede muy bien ocurrir que comiencen a presentarse muy claras pruebas de ese sistema importantísimo de procesos al cual nos referimos con el nombre de *disociación*¹.

En la disociación, el ardid está en que uno realizará, dentro de la conciencia, procesos que tornan prácticamente imposible, mientras uno está despierto, hallar emoción pavorosa alguna. Lo que ocurre es que la disociación puede ser confundida muy fácilmente con una operación completamente mágica en realidad, en el curso de la cual uno arroja una parte de sí mismo hacia afuera, a la oscuridad exterior, donde reposará durante muchos años en perfecta tranquilidad. En realidad se trata de una fantástica súper simplificación. La disociación opera con notable suavidad, ciertamente, mientras opera, pero no se trata de una cuestión similar a mantener a un perro dormido por medio de la acción de un anestésico. No. Opera por medio de un continuo estado de alerta o vigilancia de la conciencia, con ciertos procesos suplementarios, mediante los cuales impide que uno descubra las pruebas, generalmente muy claras, de qué parte del vivir de uno se desarrolla sin conciencia, sin que uno se entere.

Estoy prácticamente dispuesto a decir que los componentes *disociantes* de los procesos del sistema del yo tienen su manifestación más clásica en la sustitución obsesiva para las dificultades en el vivir. Ciertamente no parece existir una clara línea divisoria entre las personas que desarrollan, como sus procesos interpersonales inefectivos, inapropiados e inadecuados, procesos sustitutivos del tipo obsesivo, y aquellas otras personas que, en ciertas circunstancias, sufren episodios de vida esquizofrénica. Por lo tanto, si bien

comprendo que sería bastante irrazonable, en este punto, decir que la gran riqueza de procesos sustitutivos que encontramos en nuestra civilización constituye, en su totalidad, un número igual de claras pruebas de graves disociaciones, estoy convencido de que cuando nuestras formulaciones teóricas hayan progresado un poco más sobre la base de un mejor estudio de los datos disponibles y obtenibles, encontraremos que ese puede ser muy bien el caso. De cualquier manera, existe un paralelo tal entre las dificultades de trabajar con procesos sustitutivos realmente importantes, y las dificultades del trabajo con procesos esquizofrénicos que esa distinción se torna nuevamente de muy escasa importancia.

Cuando digo procesos sustitutivos realmente importantes, quiero significar el uso de la sustitución en áreas muy importantes del vivir. De manera muy notable, en esta era, los procesos sustitutivos son empleados para ocultar una extremada vulnerabilidad a la ansiedad, y a manos de casi todas las personas. Uno encuentra, en un gran número de las personas más agudamente obsesionadas, como las llamamos en el argot vernáculo, un grado elevado de lo que ellas llaman odio, pero que en realidad, al ser estudiado más concienzudamente, resulta ser su tremenda vulnerabilidad a casi todas las personas con las cuales sufren integración. Las sustituciones obsesivas que componen tales importantes y penosos aspectos de sus vidas, no son otra cosa que simples atenuaciones totales de contacto, que les protegen con su anormal vulnerabilidad a la ansiedad. De esta manera, uno debe considerar la sustitución obsesiva como tal vez un ejemplo notable de lo que ocurre en el sistema del yo, a fin de mantener algo completamente excluido de la conciencia, de tal modo que no exista posibilidad alguna de que haga irrupción en la conciencia.

Cada vez que están involucrados sistemas disociados de motivos, encontramos una relativa suspensión de conciencia o realización referente a los efectos que esos motivos surten. Esa suspensión de la conciencia puede ser tan insignificante como la perturbación relativamente trivial y casi ubicua de la conciencia, a la cual ya he dado el nombre de *desatención selectiva*, en la cual ocurre que uno no se da cuenta de una serie casi infinita de detalles más o menos significativos del propio vivir. Pero hasta la desatención selectiva resulta muy impresionante cuando uno observa que de ninguna manera podía operar tan suavemente, y tan eternamente, en los momentos precisos, a no ser que existiese una continua vigilancia para poder observar lo que, por algunas razones desconocidas u oscuras, uno no va a advertir.

La desatención selectiva es, más que ninguna otra de las actuaciones inapropiadas inadecuadas en la vida, el medio clásico por el cual no obtenemos beneficios de la experiencia que cae dentro de las zonas de nuestro impedimento particular. No *tenemos* la experiencia mediante la cual podríamos beneficiarnos, es decir, aunque se produce, jamás nos damos cuenta de lo que tiene que significar; es más, jamás nos damos cuenta de que una buena parte de ella haya ocurrido. Eso es lo que resultan verdaderamente penoso en la psicoterapia, supongo yo: la forma maravillosamente suave en que las personas pasan por alto las implicaciones más evidentes de ciertos hechos que les son propios, o de ciertas reacciones suyas a los actos de otras personas, o sea lo que ellas tienden a informar como actos de otras personas. Y lo que es mucho más trágico todavía, pueden pasar por alto el hecho de que esas cosas han ocurrido; esas cosas no se recuerdan simplemente, a pesar de que le hayan sido muy desagradablemente impresas a esa persona.

Voy a introducir ahora una pequeña divagación, con el propósito de exponer un ejemplo de la estratagema de la desatención selectiva, que involucra una de mis más imperdonables acciones de falta de bondad. Hay una farmacia en la cual adquiero frecuentemente artículos o medicinas. Durante los años de la Guerra Mundial, esa farmacia tenía entre sus empleados de la sección refrescos, una persona que, de ser sometida a las pruebas científicas de inteligencia, estoy seguro que tendría que ser catalogada entre las de mente infantil del más bajo grado. No solamente carecía por completo de inteligencia, sino que además -y en esto, confieso que simpatizaba con él, como me ocurre cuando se trata de cualquier otra persona que tiene que atender al público-, revelaba una extraordinaria colección de hostilidades hacia los clientes, de modo que, cualquiera que fuese lo que uno le pidiese, era seguro que, cuando por fin se decidía a traerlo, resultaba cualquier otra cosa. Después de haber sido víctima muchas veces de aquella manía, en cierta ocasión me mostré extremadamente hosco y le dije: “¿Qué es esto, eh?” El infeliz me respondió inmediatamente: “Agua”. ¿No me pidió usted agua”. Yo repliqué, con dureza: “¡Tráigame inmediatamente lo que le he pedido!”. Y el infeliz se alejó, asustado por aquella dureza y me trajo enseguida lo que yo le había pedido.

Pero lo más cómico fue que la próxima vez que fui a la farmacia el retardado, no bien me vio, me sonrió

ampliamente y me trajo inmediatamente lo que le pedí. Confieso que eso me humilló, porque su desatención no era tan completa como yo había pensado. El infeliz se benefició con una experiencia desagradable, y eso es mucho más que lo que conseguimos muchos de nosotros. Si él hubiese obrado como yo esperaba, el hecho habría constituido un ejemplo clásico de desatención selectiva, él jamás se habría apercebido de que casi siempre le llevaba a los clientes cosas que éstos no le habían pedido. Por lo tanto, naturalmente, cualquier ocasión como la que yo provoqué resultaría totalmente novedosa, inexplicable o meramente un caso de maldad por mi parte. Y lo curioso fue que no parecía serlo. Con esta pequeña historia, espero haber brindado a los lectores una noción de cuán suavemente ignoramos, de la manera más simple, grandes cuerpos de experiencia, de la que cualquier ejemplo claramente analizado podría presentarnos una necesidad sumamente real de cambio.

Entre las otras pruebas de disociación -además de la desatención selectiva y los procesos disociativos tales como la sustitución obsesiva- existen también ciertas observaciones marginales relativamente poco comunes, que se producen en la conciencia en situaciones interpersonales también poco comunes. Y esas observaciones tienen características que las aproximan en cierto sentido a lo pavoroso. Lo pavoroso, en este aspecto muy suave, es eso que yo denomino revulsión.

La revulsión es una cierta manera de alejarse fríamente de las cosas, completamente distintas de las execraciones crónicas, como por ejemplo la que yo experimento hacia la clara del huevo: una execración en la cual no existe ni sospecha de nada que no sea la convicción de que, si comiese la clara del huevo, me resultaría tan desagradable como me ha resultado siempre. Pero la revulsión es algo más: uno sufre una pequeña molestia en el vientre o algo por el estilo, y ni quiere pensar qué habría sucedido si hubiera ido más lejos. Y en el curso del vivir común, pueden presentarse de la misma manera pruebas de disociación en la forma de ciertas perturbaciones durante la noche, de las cuales uno no despierta con nada que no sea una pavorosa emoción; la sensación de que uno ha tenido un sueño sumamente desagradable, cuyo significado se ha perdido en el proceso de despertar. Pero con frecuencia mucho menor, uno puede recordar fragmentos de sueños que estaban claramente relacionados con el horror, el terror y demás. Todo esto es, casi invariablemente, imposible de interpretar en la forma en que por lo general es informado. Únicamente cuando la psicoterapia llega a estar ya perfectamente establecida, le es posible a una persona, por regla general, resistir la atención de que procesos disociados bastante claros les sean revelados en sus sueños.

Paralelamente a estos detestables ingredientes de la conciencia, existen, cuando se produce una disociación de motivos importantes, ciertos detalles burdos de comportamientos a los cuales nosotros llamamos *automatismos*. Mientras digo que esto sucede cuando se produce una disociación de motivos importantes, presumo que eso es cierto también en todos los casos de disociación, a pesar de que resulta mucho más difícil de ver cuando los motivos no son de tanta importancia.

Los automatismos pueden ser actuaciones muy groseras en ciertas circunstancias, a pesar de que son movimientos menores en general; y algunas veces son cosas tan extremada como los *tics* nerviosos, convulsiones de ciertos grupos de músculos, y demás, que al parecer están tan alejados como es posible imaginarlo del comportamiento significativo.

Un ejemplo gráfico de estos automatismos puede ser observado con mucha frecuencia en las zonas más populosas de una gran ciudad, como por ejemplo Manhattan en el caso de Nueva York. Aquellos de los lectores que sean hombres habrán descubierto, posiblemente, mientras caminaban por una calle cualquiera, que un número apreciable de otros hombres miraban a lo que vulgarmente se llama bragueta de sus pantalones, desviando después la mirada apresuradamente. Muchos de ellos alzan los ojos hasta los de uno, aparentemente, hasta donde uno puede interpretarlo, para comprobar si han sido observados. Pero la cuestión es que algunos de ellos, si tropiezan con nuestra mirada, se muestran tan tranquilos e indiferentes como si nada hubiera ocurrido. Otros, en cambio, se sonrojan y revelan una manifiesta vergüenza. En estos, el acto no ha sido un automatismo; si el hecho de ser descubierto en ese acto resulta muy embarazoso para la persona que lo ha manifestado, entonces el acto ha sido significativo para esa persona, pero cuando tal acto es un automatismo -la manifestación de una motivación disociada- no resulta embarazoso comprobar que uno ha sido descubierto en el acto. Aun cuando fuese llevado de manera muy enfática a la atención de la persona que lo manifestó, su inclinación natural sería en todos los casos negar que tal cosa hubiese ocurrido. Si uno pudiera, tal vez por medio de una fotografía, demostrarle que había ocurrido, la persona que había

cometido el acto continuaría ignorando por completo cuáles pudieron ser los motivos que lo provocaron, y qué significado podría tener el acto. Así, los sistemas importantes de disociación -y presumo que también toda la experiencia disociada- se manifiestan por medio de ciertas perturbaciones del comportamiento, o ciertos actos burdos del comportamiento, cuya única distinción está constituida por el hecho de que su acaecimiento es, o bien desconocido, o por lo menos carentes de significado, para la persona que lo muestra.

En el caso de automatismo más importante, uno “se encuentra” con una perturbación muy considerable en situaciones sumamente embarazosas, a las cuales ha ido aparentemente con los ojos completamente cerrados, por así decirlo. Este descubrimiento nos conduce a la emoción pavorosa.

Algunas veces uno se da cuenta de que se ha encontrado en un curioso estado de ánimo durante el tiempo en que entró en esa situación embarazosa. Ese estado de ánimo podría ser llamado *fascinación*. En estado de fascinación, una persona está verdaderamente ocupada en un comportamiento molar, relativo a la masa, el cual la lleva a una situación en la que las manifestaciones de un impulso disociado serían apropiadas. Eso sucede muy pocas veces, por lo contrario, uno “se encuentra” con ribetes totalmente desagradables de horror, terror, revulsión o algo por el estilo, y se desembaraza de ellos con una nítida sensación de que la experiencia lo ha sacudido gravemente.

POSIBILIDAD DE REINTEGRACIÓN DE SISTEMAS DISOCIADOS.

Los sistemas disociados son fundados a edad temprana. Su mayor oportunidad de obtener un remedio automático, y también sus mayores contribuciones al peligro de la personalidad, se producen en las fases preadolescentes y adolescentes del desarrollo. Muchas personas han salido de la preadolescencia y la primera adolescencia con mucha menos evidencia de riesgo, en lo que se refiere a su porvenir, que cuando comenzaron aquellas edades. Pero al mismo tiempo, cualquiera que esté familiarizado con las proporciones de ingresos a los hospitales de enfermos mentales, sabe que en los casos de preadolescencia demorada, o durante las fases de la adolescencia, se registran a menudo perturbaciones sumamente graves de la personalidad. En general, los aspectos importantes de la personalidad que existen en disociación no son reintegrados, a excepción de casos ocurridos en circunstancias extremadamente afortunadas.

Una de esas circunstancias afortunadas la hallamos en la preadolescencia, como ya lo he dicho, cuando el desarrollo de la necesidad de intimidad puede conducir a un muy considerable mejoramiento de la partición de energía entre el componente no-yo y otros componentes de la personalidad. Al mismo tiempo que esta nueva tendencia integratoria es provocada por el advenimiento de la maduración, es muy probable que ocurran ciertas eventualidades que posiblemente habrán de ejercer una influencia favorable en lo que respecta a reintegrar un sistema disociado de tendencias. Entre estas afortunadas eventualidades de la preadolescencia y la adolescencia, se encuentran la reintegración de lo que yo llamo “fuga deliberada: la reintegración “como por desventura, mientras se duerme”: y la reintegración “por ajuste a lo pavoroso”.

Para comenzar, quizás convenga que explique lo que quiero decir por medio de la palabra “fuga”. Una fuga, en el sentido en que yo empleé el término es literalmente, un estado relativamente prolongado de ensoñación-durante-la-vigilia, es decir, que uno “representa” o interpreta un sueño completamente convencido de que está despierto, y realmente uno está despierto, hasta donde le es posible determinarlo a un testigo presencial. Las fugas se producen algunas veces en el estado quizás parcialmente orgánico, sino totalmente orgánico de la epilepsia, aunque las fugas, en el sentido con que empleo ahora la palabra, no están restringidas en modo alguno a la epilepsia. Las fugas forman parte del acceso de algunos desórdenes mentales sumamente serios, a pesar de que algunas veces el acaecimiento de una fuga es todo cuanto se necesita para evitar el acceso de un desorden mental muy serio. Pero de cualquier manera, cuando uno se encuentra en un estado de fuga tal como estoy tratando de describirlo, uno *cree*, está convencido de hallarse despierto, obra *como* si estuviese despierto, en muchos detalles importantes, y todos los demás *suponen* que uno está despierto. Pero la relación con la realidad ambiente y con los significados a los cuales se ciñen las cosas del propio pasado está, hasta cierto punto tan fundamentalmente y a la vez tan absolutamente suspendida, como lo está cuando uno duerme. Y, además, existen ciertas barreras absolutas que se oponen al recuerdo, las cuales deben ser entendidas solamente sobre la base de que son indicaciones menores de un muy prolongado estado de sueño.

Ahora bien: los preadolescentes y adolescentes se aproximan algunas veces a lo que yo llamo *fuga deliberada*: es decir, una persona se fortifica a sí misma con una actitud de: “¡Y bueno que jorobar, arriesguémonos, aunque no sea más que por una vez!”. En seguida, esa persona se lanza a una situación, con una especie de ajustamiento de todo, mientras a menudo tiene en cuenta, algo que no es pertinente, es decir, que se preocupa por cosas realmente tangenciales a su objetivo. Esto tiene un parecido notable, con un estado de fuga activa, aunque sin ese aislamiento literal de algunos aspectos de la historia pasada, que muestra una verdadera fuga. En ese estado, uno tiene experiencias que, en otras circunstancias, precipitarían una psicosis. Y por una especie de proceso atenuante, mediante el cual toda la cuestión se agrega lentamente a la experiencia consciente, uno las supera y hasta resulta beneficiado por ella.

He mencionado ya que la reintegración de tendencias disociadas puede ser iniciada, por así decirlo, por medio de una desventura, sobre todo si se relaciona con la relativa suspensión de las operaciones de seguridad como si uno estuviese dormido. Es decir, uno se encuentran situaciones principalmente motivadas por el sistema disociado, como si uno estuviese dormido. También esto constituye un asunto engañoso, y es un error acusar a una persona de haber sostenido falsamente que estaba dormida en situaciones como esas.

Cuanto más tiempo tratamos íntimamente con personalidades en esa zona engañosa, más nos damos cuenta de que no tenemos criterio absoluto alguno para el sueño y de que existen, indiscutiblemente, un número de planos del sueño. Por ejemplo, la verdadera fuga pertenece a la médula, por así decirlo, del sueño, pero ningún criterio que nosotros pudiéramos aplicar ordinariamente mostraría que es algo ni remotamente parecido a lo que a lo que nosotros creemos que es el sueño. De este modo, uno puede enterarse, por ejemplo, de un mozalbete que se ha encontrado en alguna experiencia presumiblemente muy perturbadora debido a que se había quedado dormido, a pesar de que él está enterado de todo al respecto. Uno puede pensar que eso es algo curioso y hasta sentirse inclinado a dudar, pero no obstante, es menester proceder con mucha cautela. No puede estar seguro de que el mozalbete esté mintiendo. En otras palabras, esas desventuras, en las que uno puede o no haber estado dormido, son tal vez el paso que sigue entre la “fuga deliberada”, en la que uno se decide a seguir adelante y sobrellevar las consecuencias, y la verdadera fuga, en la que uno ve con una mayor claridad lo que le ha sucedido que si estuviese profundamente dormido.

El último método, por el cual pueden ser reintegrados los sistemas disociados -método que me resulta difícilísimo traducir en palabras- es lo que yo llamo “ajuste a lo pavoroso”. Esta es, probablemente y en ciertos sentidos, una función de la mitología que ha sido incorporada a la experiencia anterior de uno. Dicho en otros términos, uno desempeña, hasta cierto punto, un papel en un drama relativamente cósmico, o sea que uno sale literalmente del mundo tal como es, y entra en el mundo de algún sistema mitológico en el cual, durante un tiempo, desempeña un papel.

En algunas perturbaciones muy serias resultantes del fracaso de la disociación, la gente libra luchas, con inmenso gasto de energías, en dramas que alcanzan virtualmente proporciones cósmicas. Por ejemplo, uno de mis pacientes, en cierta época, se agotó por completo en una batalla librada entre monjas y frailes. El ajuste a lo pavoroso realiza eso con una sensación de que lo hace *uno mismo* en lugar de serle impuesto a uno por fuerzas trascendentales. Algunas personas han tenido experiencia, en los años de su desarrollo, en que se encontraban en situaciones verdaderamente caracterizadas por esas emociones pavorosas, extraordinariamente repelentes y perturbadoras, y en las cuales, durante algún tiempo, obraban como si fuesen semidioses, semidemonios o algo por el estilo: y pasado ese trance, estuvieron desde entonces en posesión de mayores conocimientos sobre la vida, por el lado más alejado de ella.²

LA MANERA ESQUIZOFRÉNICA DE VIVIR Y SUS POSIBLES RESULTADOS.

Todas las cosas que están relacionadas con los sistemas disociados, son riesgosas. El acto de la disociación es, tal vez, la acción más magníficamente compleja de la personalidad humana, y es ciertamente la manera más riesgosa de tratar cualesquiera de las motivaciones importantes de la vida. Hasta en la adolescencia y la preadolescencia -como nos lo revelan las elevadas proporciones de esquizofrenia de esas dos edades- los riesgos distan muchísimo de ser nominales. Después que han sido pasados esos umbrales del desarrollo, los riesgos continuados -es decir, siempre que existan sistemas importantes de disociación- son verdaderamente muy ominosos.

Permítaseme ahora que pase a estudiar las dramáticas manifestaciones del riesgo, es decir, los desastres que se producen como consecuencia de tener sistemas de importancia, en disociación, o componentes importantes de sistemas de motivación de disociación. Estos desastrosos fracasos tienen muchas más probabilidades de ocurrir en el grupo de personas de los catorce a veintisiete años de edad aproximadamente. De todas las cosas extremadamente riesgosas que pueden suceder, quizás la menos desastrosa, en lo que se refiere a su resultado, es el “desplazamiento” con una perturbación muy grave de la conciencia, del yo convencional personificado por patrones de comportamiento y demás, relacionado con el patrón disociado. Esta es la verdadera fuga. Uno puede salir de la fuga en un estado realmente lamentable: o bien la fuga puede eliminarse, después de posiblemente un año y medio de duración, y entonces uno parece hallarse perfectamente bien. Las fugas que ocurren en esta era adolescente no son, con mucha frecuencia, tan afortunadas como algunas de las así llamadas, fugas histéricas que ocurren, por ejemplo cuando una persona que en realidad no es delincuente estafa una cantidad grande de dinero y “despierta” en una ciudad extraña, con una personalidad supuesta.

La fuga podría ser dominada un cambio global de personalidad. Otra perturbación, aunque bastante menos notable de la personalidad, es lo que yo llamo la erupción, en la conciencia de *deseos aborrecibles*. En verdad, la palabra “deseo” no concatena con el adjetivo “aborrecible”, pero quiero indicar, al emplear el mismo, la entrada a la conciencia personal de ansias crecientemente- intensas-por-insatisfechas, en el sentido de ocuparse de algo que resulta aborrecible, es decir, que el solo hecho de imaginarse ocupado en hacerlo va acompañado de una emoción pavorosa como, por ejemplo, el horror, la aversión, o cualquier otra.

El ejemplo clásico de esa erupción de deseos es la erupción de los deseos “homosexuales”, es decir, deseos de tomar parte en lo que el paciente tiene la impresión que son, clásica y notablemente, actuaciones homosexuales.

Creo que me será posible ilustrar esto que acabo de decir, quizás sin conducir a ustedes a conclusiones erróneas excesivas, sí menciono a uno de mis pacientes, único varón, con cuatro hermanas, que había llevado una vida tan protegida como semejante situación lo permitía. Poco después de vestir el uniforme para intervenir en la Segunda Guerra Mundial deambulaba por las calles de Washington, y fue acaparado por un elegante y simpático dentista, quien lo llevó a su consultorio y le realizó lo que científicamente lleva el nombre de felatorismo, o sea estimulación sexual del pene por medio del contacto oral. El muchacho sintió, según supongo, un ligero ajuste a lo pavoroso y se alejó de allí, tal vez recompensado de alguna manera. Pero al día siguiente, y completamente distraído, se dirigió caminando hacia las proximidades del consultorio del dentista, lo cual fue, en ciertos sentidos, una tranquila fuga. Al verse tan cercano lo que había ocurrido el día anterior, el muchacho ya no pudo excluir de su conciencia el hecho de que le agradaría repetir aquella experiencia. Este es un ejemplo clásico de un deseo aborrecible, que le resultaba enteramente intolerable al muchacho. El día anterior, aquello había sido algo así como una especie de nueva experiencia, pero cuando se dio cuenta, repentinamente, de aquella manera, la experiencia apareció acompañada de toda clase de revulsiones y repugnancias, así como de la sensación de que sería infrahumano, etcétera, proseguir con tales intereses. Poco después, llegó al hospital víctima de lo que se denomina perturbación esquizofrénica.

La erupción de deseos aborrecibles puede precipitar, o no, un inmediato cambio en el sentido de empeorar notablemente, pero en un gran número de casos las fugas, o erupciones de deseos aborrecibles, en los días de la adolescencia, no tardan en precipitar un estado que es tan completamente desorganizador que podríamos llamarlo, con ciertas reservas, *pánico*. Yo creo que muy pocas veces se aproxima al pánico que se produce cuando algo de lo cual uno confiaba, es decir, sobre lo cual uno estaba seguro, se derrumba inesperadamente: una especie de mezcla de terror y una inactividad absoluta y ciegamente desorganizada, como, por ejemplo, la que se produce algunas veces en los incendios de teatros o cines, o algo por el estilo. El pánico no provoca o conduce a la acción; puede decirse que no conduce a nada. Uno se encuentra desorganizado. El terror sigue, por regla general, al pánico, y el terror incluye, con mucha frecuencia, ciegas y frenéticas actividades que pueden muy bien resultar terriblemente destructoras para uno mismo y otras personas. El pánico que, muy a menudo, es el resultado de la fuga o de la erupción de deseos aborrecible, es una desorganización muy breve pero completa. En este caso, las más significativas de todas las cosas que son desorganizadas es la estructura de las creencias y convicciones de uno, en lo que respecta a las garantías, seguridades y propiedades confiables del universo en el cual uno vive. Y el extremo más lejano de esos casos de pánico puede ser cualquier cosa, desde el terror hasta la exaltación religiosa. De cualquier manera, la personalidad es arrancada en parte de sus amarras y se dirige, desde lo que en realidad era su nivel de desarrollo, hasta un estado que nosotros denominamos la manera esquizofrénica de vivir.

En el estado esquizofrénico, se producen en la conciencia clara algunos tipos muy primitivos de procesos de referencia, que siempre asombran profundamente a la persona interesada. Y puesto que muchos de esos procesos de referencia son, literalmente, idénticos por su historia a la composición de los componentes *no-yo* de la personalidad, su presencia va acompañada por emociones pavorosas, que algunas veces alcanzan una espantosa potencia.

Estos procesos de referencia aparecen tan raros a las personas que han atravesado por ellos, que la manera esquizofrénica de vivir es descrita con mucha frecuencia como no psicológica y completamente fuera del alcance de toda comprensión. La justificación de una manera tan audaz de expresarse respecto de esos procesos esquizofrénicos es que los mismos, cuando los encontramos, representan intentos por parte de quien los sufre de comunicar tipos de procesos que la mayoría de nosotros hemos dejado de tener o sufrir en la conciencia clara, cuando teníamos alrededor de dos años y medio de edad. Existe una posibilidad de que un sistema disociado que se ha separado de esa manera, pueda continuar por breve lapso a cubierto de graves complicaciones como consecuencia de la acción de lo que queda del aparato de seguridad, el sistema del yo; y esta posibilidad es la que completa el cuadro explicativo de porque las enfermedades esquizofrénica le dan a uno la sensación de la completa inutilidad del pensamiento humano en lo que se refiere a comprender lo que realmente está sucediendo. Si las eventualidades de una fuga, o las eventualidades de la erupción de deseos aborrecibles, son seguidas por experiencia que es capaz de terminar la asociación de la mayor parte del sistema de motivación particular con esas emociones pavorosas, y asociarlo a las tendencias principales del desarrollo de la personalidad, entonces, habríamos logrado alcanzar la integración de un sistema de motivaciones previamente disociado del resto de la personalidad, y en ese caso no se produciría en absoluto esa espantoso espectáculo de la manera esquizofrénica de vivir, con sus probables resultados ominosos. La gente puede sufrir realmente olas recurrentes -y éstas pueden reproducirse tan frecuentemente, algunas veces como varias en una hora- de procesos esquizofrénicos, o dar la impresión de que permanece verdaderamente en un continuo proceso esquizofrénico por espacio de años, y, de repente, efectuar una reintegración sorprendente de la personalidad, experimentar una rápida recuperación y continuar, por todo el resto de la vida, sin perturbaciones de mayor importancia.

Pero un gran número de personas que se ven envueltas en perturbaciones esquizofrénicas, atraviesan por las mismas y llegan a uno de dos resultados sumamente infortunados: el que nosotros denominamos ajuste paranoide defectuoso, en el cual diversos elementos de censura y culpabilidad en la personalidad son adjudicados a otras personas entre las que nos rodean, con efectos tan desastrosos en lo referente a la posibilidad de una intimidad o simple relación con cualquiera en el ambiente, que no existe manera de retroceder. En el otro resultado, la gente se desintegra literalmente bajo las fuerzas del horror en esta cuestión esquizofrénica, hasta tal punto que se convierte en un conjunto de ejemplos de algo apenas advertido en los años del desarrollo, es decir: la relativamente satisfactoria preocupación por los sencillos placeres de las zonas de interacción, provocados por las propias manipulaciones de uno, lo que parece ser más o menos la esencia de lo que nosotros llamamos cambio hebefrénico, o sea la dilapidación hebefrénica de la personalidad. Estas enfermedades no deben ser consideradas, a mi modo de ver, como parte de la esquizofrenia, sino como resultado sumamente infortunado de episodios esquizofrénicos; y por cierto que no tienen tanto éxito que consigan eliminar la posibilidad de que durante muchísimos años después de la institución de tales infortunados resultados, sigan produciéndose episodios de procesos esquizofrénicos. Este no es siempre el caso; algunas personas realizan ajustes paranoides defectuosos que están singularmente libre de procesos esquizofrénicos, lo cual les asegura realmente contra las ocasiones en las cuales podrán tener procesos esquizofrénicos. Por otra parte, estoy seguro de que algunas personas operan tal dilapidación que los procesos esquizofrénicos no las molestan en grado apreciable. Pero gran número de las personas que han experimentado esos infortunados procesos, no han solucionado su vida hasta el punto de que les sea posible ser felices a pesar de ser psicóticas.

Publicado en: Tercera Parte. Modelos de Relaciones Interpersonales Inadecuadas o Inapropiadas.

Capítulo XIX: Las primeras manifestaciones de desorden mental: cuestiones esquizoides y esquizofrénicas, pp. 363-381, en: “La Teoría Interpersonal de la Psiquiatría”, Harry Stack Sullivan, Editorial Psique, B. Aires, 1974.

Notas al final

1.- Infortunadamente, la disociación recibe una importancia, quizás excesiva, en *Concepciones*. (*Concepciones de Psiquiatría Moderna* por Harry Stack Sullivan, op. cit.), en la cual no me tomé el tiempo suficiente para destacar todas las demás cosas que se producen, además de la disociación.

2.- *Nota de los editores*: En otra conferencia pronunciada en 1945, Sullivan describió el “ajuste a lo pavoroso”, como sigue: “Después de una experiencia pavorosa, sobreviene un estado total de personalidad, podríamos decir, en el cual uno se dice: “Bueno: ha llegado el momento, para bien o para mal, para mejor o para peor, así es”. Y esta aceptación de algo -a pesar de que uno no puede pensar en ello ni analizarlo- como tal, a lo que se sobrevivirá o no, según sea el resultado, es lo que quiero decir cuando empleó esa expresión peculiar, “ajuste a lo pavoroso”.